

La conducta: ¿Una cosa o una estructura?

Insuficiencias de la versión conductista

Un reproche frecuente a la psicología de carácter conductista es su incapacidad de hecho —y tal vez también de derecho— para los enfoques holísticos. Se le reprocha, además, el no hacer justicia al ser humano como persona y el entretenerse con problemas triviales o periféricos de la conducta humana. Este ensayo intenta referir estos reproches a la causa de los males: a los precarios supuestos filosóficos de los que esta psicología partió. Por otra parte, tampoco parece ya plausible la excusa de la juventud de la psicología para explicar por qué ésta no ha logrado en los 100 años de su existencia la anhelada unidad de sus saberes sobre el hombre. Hoy, como en el tiempo de los psicólogos fundadores, la psicología aún carece de un marco común de referencia, de algo parecido a un paradigma o “ciencia normal” en el sentido de Th. Kuhn (1977), gracias a la cual se dispusiese de un aparato conceptual, de unos métodos y unas líneas teóricas que fuesen compartidas por la comunidad de los psicólogos.

Este ensayo intenta en su primera parte, analizar los supuestos filosóficos asociacionistas y dualistas —es decir, el “a priori”— de los que han partido las psicologías tradicionales. Señalaremos algunas de sus más radicales insuficiencias, sobre todo, en el dualismo que implican; y veremos la necesidad de una nueva actitud científica, de unos nuevos supuestos o categorías explicativas del comportamiento humano. Por todas partes surge ya la necesidad de un nuevo paradigma para la psicología que debe ser diseñado en vista de la natura-

leza original de su objeto, y no con la vista puesta en lo que hacen —o más bien, hicieron— los físicos mecanicistas. Se desea para la psicología un saber científico humano (“human science”) (Giorgi, 1970) y no al modo de las “Naturwissenschaften”.

Esta operación de reajuste y redefinición de los supuestos o “a priori” demandará seguramente una mayor reflexión epistemológica de la que se venía haciendo tradicionalmente entre los psicólogos. De hecho, en los repertorios bibliográficos de la última década se aprecia ya un notable incremento de los ensayos de epistemología psicológica (ver la matizada y clasificada bibliografía que ofrece Misiak, 1973, pp. 137-151). Por nuestra parte, el presente ensayo quiere ser una modesta contribución a la todavía escasa bibliografía sobre estas cuestiones metapsicológicas en nuestro país.

Para hacer estas consideraciones epistemológicas sobre la psicología, seguramente que no hay mejor punto de mira que la noción de conducta, como nos lo recomienda Merleau-Ponty. La ventaja de esta noción y piedra de toque para detectar los supuestos de cada psicología, estriba en el hecho de que “considerada en sí, es neutra con respecto a las distinciones clásicas de lo “psíquico” y lo “fisiológico” y puede, por tanto, proporcionarnos la ocasión de volver a redefinirlos” (1957a, p. 21). Este original pensador nos legó con su descubrimiento del “corps subject” avenidas todavía inexploradas para el replanteamiento y redefinición de conceptos fundamentales de la psicología.

Será siguiendo sus pautas como se intentará en la segunda parte de este ensayo, superar las insuficiencias del dualismo en psicología. Se abrirán con la nueva categoría de conducta como forma nuevas perspectivas para la definición y clasificación de la conducta, la cual ya no se verá ni como contenido de conciencia (Wundt) ni como cosa (Watson y el conductismo), sino como un conjunto significativo o una dialéctica entre el organismo y el ambiente.

1. LAS NOCIONES “HISTORICAS” DE CONDUCTA Y EL “A PRIORI” DESDE EL QUE FUERON FORMULADAS

1.1. *Los supuestos del asociacionismo y dualismo*

La tradición empirista ejercía gran seducción entre cuantos se

dedicaban al estudio de las relaciones entre el alma y el cuerpo. Para los primeros psicólogos, imitadores de la Física, las ideas de Locke ni que decir tiene que cuadraban mucho mejor que las de Fichte o Schelling. Al criticar Locke el innatismo de las ideas defendido por Descartes, tenía que dar nuevo énfasis a los análisis de los procesos psicológicos por los que estas ideas se adquieren, tales como la sensación, percepción, imaginación, etc. Además, la emulación incondicional de la Física, había aún de producir otras dos características en estos análisis psicológicos: primeramente, estos psicólogos tenían que dar con las partículas elementales o caracteres atómicos del comportamiento, como habían hecho los físicos con la materia. Y, naturalmente, era igualmente preciso, en segundo lugar, descubrir las leyes que regían los diferentes modos de combinación de estas partículas, por ejemplo, en la sensación y en el pensamiento. Tenemos así que sensismo, elementalismo y, sobre todo, asociacionismo serán los rasgos esenciales que ostentará la primera psicología. Estos rasgos, estas opciones filosóficas particulares, todas ellas asumidas, admitidas y practicadas sin crítica epistemológica suficiente, constituyeron el "a priori" de la psicología incipiente.

El asociacionismo como "ismo" fue creado por Hartley, un médico de profesión y un filósofo de vocación; más tarde este "ismo" culminará con los Mill —James y John Stuart—, pero será Alexander Bain (1818-1903) quien haga la transición del asociacionismo filosófico al científico. Los destinos del asociacionismo quedaron definitivamente vinculados a la psicología, la cual se convirtió, gracias a él, en "psicología de cal y ladrillo", en una psicología verdaderamente atomista y mecanicista. Sus repercusiones pueden detectarse en movimientos tan dispares como el conductismo y el psicoanálisis. A esta atomización vino a dar la psicología empujada por dos tradiciones conjuntamente influyentes: la empirista y la cartesiana del dualismo. Thines cree que se da una suerte de ley histórica según la cual "el dualismo evoluciona necesariamente hacia un atomismo mental" (1978, p. 34). Digamos, pues, también algo sobre el dualismo.

Así como la tradición asociacionista se vincula al empirismo inglés, aunque se le pueda señalar el lejano antecedente de Aristóteles, así también el dualismo se vincula a Descartes, aunque tenga también su antecesor en Anaxágoras (500-428), que fue el que tal vez

le dio la primera formulación al distinguir entre el "nous" y el organismo. Más tarde la solución hilemórfica de Aristóteles tuvo singular fortuna, pero fue Descartes quien con sus doctrinas dualistas formuló, tal vez sin pretenderlo, el programa que la psicología había de cumplir dos siglos más tarde. Tanto la psicología de Wundt (introspectiva) como la de Watson y el conductismo (empírica), son simplemente la doble opción que dentro del dualismo cartesiano quedaba abierta. Por eso, vamos a ver sucintamente cuál fue la formulación cartesiana del dualismo. Se lee en el *Discurso del Método*:

"Examiné después atentamente lo que era y viendo que podía fingir que no tenía cuerpo alguno, y que no había mundo y lugar alguno en el que me encontrase, pero que no podía fingir, por ello, que no fuese... (...) conocí por ello, que yo era una sustancia cuya esencia y naturaleza toda es pensar y que no necesitaba de lugar alguno, ni depende de cosa alguna material. De suerte que este yo, es decir, el alma por la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y hasta más fácil de conocer que éste" (pp. 75-76).

Nos abre aquí Descartes el ámbito de la interioridad, que es la esfera de la experiencia inmediata, en la que los fenómenos psicológicos cobran importancia inusitada. En realidad, estos fenómenos son los únicos "hechos" susceptibles de observación "científica", pues sólo sobre ellos puede practicarse la observación clara y distinta, y sobre los que no cabe en absoluto dudar. Y ¿sobre todo lo demás qué puede, pues, hacerse?

En la Meditación VI, Descartes hace la descripción de los cuerpos inanimados y de las plantas, (p. 85-90). Luego, "después de haber mostrado cuál debe ser la fábrica de los nervios y los músculos del cuerpo humano" (p. 101), Descartes nos introduce la doctrina del autómata o "máquina semoviente" (p. 102) que estaría gobernada únicamente por las leyes de la mecánica y por obra de los llamados "espíritus animales". La generación de estos espíritus es lo que a Descartes le parece "más notable en todo esto". Estos espíritus son "como un sutilísimo viento o más bien como una purísima y vivísima llama la cual asciende de continuo y muy abundantemente del corazón al cerebro y corre luego por los nervios a los músculos y pone en movimiento todos los miembros" (p. 100).

Mientras que el alma es por entero indivisible, el cuerpo es divisible (“partes extra partes”); hay, por tanto, una honda diferencia entre ambos. Los “espíritus animales” nada tienen que ver con el espíritu; ni siquiera es posible influencia o acción alguna entre ellos. Sólo comunica el espíritu con el cuerpo a través del cerebro; y ni siquiera de todo él, sino sólo por medio de una pequeña parte del cerebro alcanzaría al cuerpo a través de la “glándula pineal” en la que Descartes ve el “asiento del alma”.

Se diría que Descartes es un sujeto bastante mal avenido con la experiencia de los sentidos, y verdaderamente obsesionado por el rigor y exactitud del saber matemático. Se aparta tanto de este mundo cotidiano y corporal, que acaba instalándose un tanto caprichosamente en el mundo del “cogito”. Es sorprendente ver cómo exilia de esta interioridad del “cogito” nada menos que a su propio cuerpo —del que nadie puede jamás separarse— y acaba mezclándolo con el cuerpo de los animales por los que correrían los “espíritus animales” y no el propio espíritu de Descartes.

Las cosas, con todo, no iban a resultar tan simples como este dualismo prometía. Las dificultades de explicación psicológica eran enormes. Nuevas formulaciones del dualismo se sucedieron sin encontrar tampoco todas las respuestas. Entre ellas, habría que mencionar el ontologismo de Malebranche, el ocasionalismo, el panteísmo de Spinoza, pero la que tuvo una repercusión mayor en la psicología, fue la fórmula leibniziana de la llamada “armonía preestablecida”. De esta armonía era fácil pasar al célebre paralelismo psicofísico. Tal vez vuelva a ser otra vez A. Bain el responsable de la gran popularidad que este concepto ganó entre los psicólogos del siglo XIX. Gracias al paralelismo psicofísico, podemos decir que toda actividad psíquica tendrá su correlato somático; y a la inversa, toda actividad corporal tendrá su contrapartida en la mente. No se entiende que una actividad sea causa de la otra; simplemente se afirma que los correlatos o términos paralelos no pueden suceder el uno sin el otro.

Los psicólogos tenían de este modo marcada la tarea: correlacionar los hechos físicos con los psíquicos. Además la doctrina era suficientemente confortable como para permitir ejecutar esta tarea sin mayores complicaciones “metafísicas”. Así lo entendió Wundt. Lejos de las disputas metafísicas sobre las dos sustancias, era mejor, según

él, comenzar por la unicidad de la experiencia a la que se podría acceder mediante dos procedimientos de análisis científicos: o bien investigando los objetos de experiencia en sus relaciones objetivas entre sí; o también de una forma inmediata, investigando la cara de los objetos inmediatamente conocida por introspección, así como sus relaciones con otros contenidos de conciencia.

Filosóficamente este arreglo presenta no pocas dificultades, pero los psicólogos se sintieron cómodamente instalados en este paralelismo psicofísico porque tenía otras "ganancias secundarias"; por ejemplo, era una cómoda división del trabajo. Los psicólogos y los filósofos podrían ahora, sin hostigaciones mutuas, dedicarse unos a especular sobre el alma y sus potencias, mientras que los otros podrían trabajar en paz en el análisis de los elementos atómicos de la conciencia —de los contenidos de la conciencia— así como de las leyes de combinación y asociación de estos elementos. Además, su posición quedaba, de paso, beneficiada de la neutralidad o no compromiso con ninguna suerte de principio explicativo de la relación alma-cuerpo, que era la cuestión batallona. Alma y cuerpo eran cosas distintas, si bien paralelas; eso era todo.

Nada sorprendente que el dualismo, sobre todo en esta última versión psicofísica, tuviera tan larga pervivencia. Ciertamente encontró la oposición de todas las doctrinas monistas de doble signo: las idealistas (Berkeley, Fichte, Schelling) y las materialistas (La Mettrie y su "hombre máquina", Haeckel, etc.). No obstante, estos monismos no pudieron modificar la dominación casi generalizada del dualismo. De este modo, puede decirse que dos siglos más tarde, Watson vino a completar el programa dualista cartesiano por la parte de la "res extensa", como Wundt y el funcionalismo americano lo cumplieron por la parte de la "res cogitans" con sus psicologías introspectivas —mentalistas— que despertaron la indignación de los conductistas.

1.2. *Las opciones de la primera psicología dentro del dualismo*

LA CONDUCTA COMO CONCIENCIA O LA OPCION POR LA "INTERIORIDAD"

Curiosamente, en el dualismo cartesiano, Wundt, que era fisiólo-

go, opta por la interioridad. Mientras que Watson, que era psicólogo y profesor de psicología experimental en la Universidad de Chicago, a fuerza de ser un verdadero científico, acabó aproximándose tanto a la fisiología que hasta llegó a preguntarse “si es posible diferenciar al conductismo de esta ciencia”, de la que en realidad sólo difiere en el ordenamiento de sus problemas, no en sus principios fundamentales, ni en su punto de vista central” (1961, p. 23). Watson reaccionaba contra Wundt que, según él, incurrió en estos errores: ser infiel al objeto y método de la psicología; mantener en ella todavía resabios medievales, y haber falsificado el propósito fundacional mismo de la nueva ciencia. Es decir, que Watson tenía en su cabeza una idea de psicología y de su campo de investigación muy diferente a la de los psicólogos europeos. No es nada extraño que, al no disponerse de un paradigma o “ciencia normal” común, no se lograra una posición común desde la cual se pudiese reconocer inequívocamente “cuáles eran los hechos más significativos” (Kuhn, 1977, p. 175) de la nueva ciencia psicológica. No se sabía qué debía tomarse como legítimamente psicológico y qué debía desdeñarse.

Por lo que toca a la primera opción dentro del dualismo, la escuela estructuralista europea propendía a tomar como hechos relevantes los contenidos de la conciencia. Es decir, que conducta era conciencia. Era la opción por la “res cogitans”. Conviene no confundir esta escuela llamada estructuralista con la que se dirá en la segunda parte respecto de la conducta como estructura dialéctica. Pese a cierta homonimia, los conceptos en que piensan Merleau-Ponty y esta escuela dirigida por Wundt son muy divergentes y se mueven en perspectivas enteramente distintas, como se verá en toda la segunda parte de este ensayo.

Pero las dificultades de este enfoque desde la “interioridad”, la “res cogitans”, pronto se dejaron sentir. Era un enfoque demasiado estático, demasiado atomizado (interminables análisis sobre los elementos de los contenidos de la conciencia así como de sus leyes de combinación al modo físico). De hecho, este enfoque no prosperó casi más que en Leipzig, ya que en la misma Alemania, Wertheimer tenía por entonces ideas muy distintas que cristalizarían más tarde en la Gestalttheorie. Tampoco prosperó en Inglaterra, como cabía anticipar en el país del darwinismo. Ni en Francia encontró este en-

foque demasiado entusiasmo. Sin embargo, fue en Chicago donde las ideas de Wundt fueron seriamente matizadas hasta acabar dando origen a la variante americana de esta primera psicología "mentalista" que siguiendo a Wundt optó por la interioridad dentro del esquema dualista legado por Descartes. Se denominó a esta variante, la "escuela funcionalista de Chicago".

En la nueva universidad de la nueva ciudad de Chicago, que entonces —y ahora— es de las más típicamente norteamericanas, no parecerá sorprendente que naciese una psicología de nuevo signo. Un poco como ocurrió con su arquitectura, que por aquellos mismos años, Louis Henri Sullivan creaba en torno a sí la célebre "escuela de Chicago", así también James R. Angell reunía en torno a sí en la Universidad de Chicago a importantes psicólogos entre los que se contaba Watson. Pero así como los arquitectos se apartaban resueltamente del estilo europeo imperante en la arquitectura, lo mismo hicieron los psicólogos. Donde los psicólogos alemanes de Leipzig veían simples contenidos de conciencia, veían los de Chicago procesos útiles al organismo vivo. Wundt emulaba el modo de ver de los fisiólogos, pero en Chicago, Angell se inspiraba, más bien, en la biología. En Leipzig se preguntaban cuáles eran los elementos que la introspección encuentra en la subjetividad; en Chicago, preferían saber por qué y cómo funcionan esos elementos. Sin embargo, todo esto no era aún psicología conductista. Angell que comprendía y respetaba las revolucionarias ideas de su discípulo Watson al que le dirigió su Tesis Doctoral, no podía transigir con él cuando éste excluía la conciencia. Y Watson, por su parte, tildaba a su maestro de "mentalista".

Las diferencias eran, pues, irreconciliables. Para Angell y su escuela funcionalista, la conducta sigue siendo todavía un acto mental. Es la simple conciencia, ya que conciencia es para Angell una función adaptativa a lo nuevo. Los actos psicológicos han de representar, por tanto, un papel de adaptación ("adaptative services"). Y, consiguientemente, la nueva psicología que se creaba para estudiar estos actos, habría de ser el saber "of the fundamental utilities of consciousness" (Del discurso a la "American Psychological Association" de 1903; ver Boring, 1929, pp. 543-544).

Tenemos, pues, que tanto Wundt como Angell asumen sin previa

crítica un "a priori" dualista, pues ¿cómo podrían estos psicólogos demostrar que el estatuto ontológico del hombre era el tener dos sustancias comunicables? Tanto estos supuestos epistemológicos como su noción de conducta fueron, como cree Merleau-Ponty, muy precarios (1957a, p. 21). Fue probablemente esta precariedad la que sumió a la psicología, especialmente a la de Wundt, en un atolladero intelectual, cargado de contradicciones internas; había en ella demasiados y dispares elementos como kantismo, dualismo cartesiano, psicofisiología, experimentalismo y/o introspeccionismo que eran, ciertamente, muy difíciles de integrar (Pinillos, 1962, p. 110). En conjunto, el sistema de Wundt fue importante quizá por el único hecho de haber sido el primero, "más a causa de su prioridad temporal que por el volumen de hechos descubiertos" (Boring, 1929, p. 340). Por eso, más que un paradigma psicológico, debemos ver en el sistema de Wundt un "classificatory schema" (Ibid., p. 323), o, como dice Pinillos, su sistema coincide con la fase taxonómica que suele preceder a la explicativa y dinámica, por la simple razón de que no resulta fácil explicar la actividad de lo que se desconoce (1962, p. 108). Gran parte, pues, de la importancia de Wundt es de carácter reactivo: provocó fructíferas reacciones. Entre las más conspicuas hay que señalar la de Watson, un psicólogo rebelde y militante, con manifiesto y todo, de un nuevo movimiento en psicología, el conductismo.

LA OPCION POR LA EXTERIORIDAD O LA CONDUCTA COMO COSA

Watson nos dice:

"El conductista pregunta: ¿por qué no hacer de lo observable el verdadero campo de la psicología? Limitémonos a lo observable y formulemos leyes sólo relativas a estas cosas" (1961, p. 23).

Por tanto, conducta no será ya algo privado, sino observable, la "overt behaviour". Deja ya de ser conciencia y de estar interiorizada en los procesos mentales. Pero tampoco residirá en el sistema nervioso, sino que "reside entre el individuo y el ambiente; es como un flujo de acción (activity stream) que el ser viviente proyecta a su alrededor" (Merleau-Ponty, 1957a, p. 21, nota 3). Esta es una saludable noción de conducta que Merleau-Ponty no tiene inconveniente en

elogiar. Lo que se criticará más adelante, siguiendo a este pensador, es precisamente el no haber sido fiel a este proyecto inicial, el haber caído en francas contradicciones con el mismo. Aunque esta circunscripción que Watson nos recomienda a la conducta observable pudiera significar una reducción del campo psicológico, parece que la reducción fue en Watson inicialmente sólo metodológica. Al principio de su carrera, Watson no negaba ni la conciencia ni los procesos mentales sino que simplemente todo eso resultaba inaccesible al pensamiento psicológico. Y, de todas formas, no era aconsejable retener todos esos conceptos mentalistas en la nueva ciencia, en vista de que a los psicólogos anteriores no les trajeron más que indecibles problemas.

Lo que, sin embargo, en opinión de Skinner, era el “central argument” es simplemente que la conducta que se creyó era producto de la actividad mental, podía ser explicada in “other ways” (1964, p. 82). ¿Cuáles? Mediante los simplificados procesos del conductismo. Esta es la “regla que el conductista jamás pierde de vista”:

¿puedo describir la conducta que veo en términos de estímulo y respuesta? Entendemos por estímulo cualquier objeto externo o cualquier cambio de los tejidos mismos, debido a la condición fisiológica del animal (...) Entendemos por respuesta, todo lo que el animal hace, como volverse en dirección hacia u opuesta a la luz, saltar al oír un sonido... (Watson, 1961, p. 23).

Era inevitable en la atmósfera intelectual en que se movía Watson en Chicago esta drástica reducción del programa psicológico y esta apelación a los “simpler processes”. Una vez que se había descubierto que la conciencia y el pensamiento (“reasoning”) podían ser explicados “in other ways” en los animales, ¿por qué no explicarlo así también en el hombre? (Skinner, o. c., p. 81). Estos “otros modos” los acababa de proponer recientemente Thorndike, un psicólogo “mentalista” a quien gustaba trabajar con animales. Mostró cómo la conducta de un gato que huía por un laberinto, podría explicarse ciertamente apelando como era usual, al “reasoning” del gato, pero también como resultado de procesos más simples. Watson, que por su parte, estaba también muy adiestrado en psicología animal, podía haber entendido mejor que nadie esta sugerencia de Thorndike. La idea

central era arrancar la conducta de la interioridad, del sistema nervioso central, de los procesos mentales en general, y situarla en la exterioridad observable. Pero conviene precisar un poco más todo esto.

Se conocían por entonces cuatro tipos de acción nerviosa:

- a) la acción refleja o sensomotora;
- b) la acción perceptiva del estímulo que suscita un influjo aferente hacia los centros corticales;
- c) la acción eferente o el influjo que, originado en el cortex, produce en la periferia contracciones o movimientos;
- d) la acción puramente cortical independiente de los procesos anteriores.

Corresponderían a esta acción cortical las imágenes, los sentimientos, los pensamientos, etc. Pues bien: Watson situó la conducta exclusivamente en el primer tipo de acción, que es puramente la acción fisiológica y observable. No podía aceptar influjos nerviosos aferentes que ascendiendo hacia la interioridad, vagasen y se perdiesen en las tinieblas de la intimidad psicológica (Merleau-Ponty, 1957a, p. 21 y Tilquin, 1950, pp. 70-71). El objeto de análisis de la nueva psicología sería el arco reflejo, esto es, sólo el primer tipo de acción refleja o sensomotora.

Un ámbito de estudio tan objetivo precisaba, claro es, unos métodos no menos objetivos. De los varios métodos disponibles por aquellos años en la psicología norteamericana: la observación con instrumentos o sin ellos, los tests, el tiempo de reacción, el relato verbal, la reflexología, etc., Watson no tendría grandes dificultades a la hora de decidirse por su método. Había de ser la reflexología que acababa de ser introducida en los EE. UU. por Dewey en 1896. Este método se prestaba a las mil maravillas para los propósitos del conductismo. Pero la simplificación que introdujo acabó incomodando al mismo Pavlov, que criticó esta reducción demasiado severa de la reflexología (Pinillos, 1962, p. 122). Lo curioso de este conductismo incipiente es que intenta erradicar la metafísica de la psicología blandiendo un arma metafísica, un "a priori" muy particular (Heidbreder, 1964, pp. 200-206. También Thines, 1978, pp. 40, 45; 35 y 37. Skinner, por su parte, enfatiza igualmente que el "behaviorismo es no la

ciencia de la conducta humana, sino la filosofía de esta ciencia" (1976, p. 3).

Por otra parte, sin una clara conciencia de lo que, a niveles epistemológicos, estaban en realidad haciendo, los conductistas se metieron en otro atolladero intelectual semejante al que ya hemos visto en el caso de Wundt. Sus posturas acaban siendo inconsistentes e incluso contradictorias con sus mismos propósitos fundacionales. En general, el conductista prefiere ver el mundo en blanco y negro, sin mayores matizaciones. Esta actitud si bien no le prestó la sutileza que nos hubiera gustado apreciar en el sistema, sí le dió, al menos, poder y un cierto carácter fanático y militante. De todos modos, Watson, como observa Skinner, se metió con su noción de conducta en "unnecessary trouble" por varias razones. Primeramente: porque propuso un ideal de ciencia psicológica que a duras penas podía defender. Otra innecesaria dificultad fue el haberse malquistado con los introspeccionistas al negar las imágenes. Lo cual hizo Watson—añade Skinner— de buena fe, ya que "it was been said that he himself did not have visual imagery" (1964, p. 81).

Confusiones semejantes pueden encontrarse en la misma noción de conciencia que también negó, dejando así a la psicología sin psiquismo y sin conciencia. En definitiva, no parece que Watson tuviese clara idea sobre qué conciencia estaba exilando de sus nuevos dominios psicológicos. La semántica del término conciencia no es unívoca en Watson: a veces, significa simplemente una ilusión de la que más vale no hablar; pero, otras veces, parece que admite la existencia de la conciencia, sólo que le niega terminantemente la categoría de objeto psicológico. En este segundo caso las cosas se le complican extraordinariamente a Watson y acaba incurriendo en los reproches de los mismos conductistas, a quienes este expediente (existe la conciencia pero no podemos investigarla) les parece una implícita proclamación de importancia de un sistema que pretende ser tan omnipotente como la ciencia física.

La situación era embarazosa para Watson: por una parte, había hecho el compromiso con la ciencia que prevee y controla rigurosamente todas las variables del comportamiento; pero, por otra parte, se tiene que acoger a un cómodo dualismo, pues habría otras realidades, otras variables (las del mundo privado, las de la conciencia) que

la investigación psicológica no podría alcanzar. ¿Entonces? Como el dilema era insostenible, se rechaza de plano el mundo privado y la conciencia; y la psicología se queda adscrita a la pura exterioridad de las partes y procesos de conducta, que sería un simple mosaico de hechos individuales cuyo origen puede rastrearse y explicarse mediante procesos de punto a punto. Es un poco como querer explicar el fenómeno de la lluvia por la nube en la que están precontenidas cada una de sus gotas.

La noción de conducta quedó, pues, reducida drásticamente en el conductismo debido al “compromiso con una filosofía indigente” (Merleau-Ponty, 1957a, p. 21) y se malogró así la intuición sana y prometedora del conductismo: la conducta que se prometía como un tener que habérselas del organismo con el mundo físico y social, la conducta que pretendía arrancarse de la interioridad y del sistema nervioso, acabó, en franca contradicción con este sano proyecto inicial, reducida a puras sumas de reflejos condicionados entre los que no se admite conexión ni sentido alguno. El no haber advertido este radical giro y contradicción en el proyecto de psicología conductista, fue sin duda debido al excesivo afán cientista y antifilosófico de los primeros conductistas. Al optar por la exterioridad en el marco dualista cartesiano, no sólo rechazaban arbitrariamente la realidad interior y la conciencia, sino que también confirieron a la dimensión fisiológica de la conducta unos privilegios de validez y exclusividad epistemológicamente ilegítimos.

Los términos del compromiso conductista con esa “filosofía indigente” han sido ampliamente estudiados por Tilquin, y muy resumidamente serían los siguientes:

a) dualismo biológico y presupuestos que implicaban el principio de la adaptación evolucionista y de la continuidad entre el animal y el hombre. Ahora bien: aquí habría aún que precisar que Watson, aun sin negar el dualismo cartesiano de base, dentro del cual se opta por la exterioridad, introduce además otro dualismo, esta vez ya no vertical (espíritu-cuerpo) sino horizontal (organismo-medio). Este segundo dualismo implica —para decirlo conductísticamente— una dicotomía entre S y R.

b) asunción del postulado monista de signo materialista, prime-

ramente a efectos metodológicos pero que acabó convirtiéndose en posición ontológica.

c) una especial concepción del sistema nervioso, verdadera "caja de Pandora", como decía Watson, dentro de la cual la psicología mentalista echa todos los problemas creando la ilusión de que han sido explicados. Para los conductistas que sólo quieren tratar con observaciones, el sistema nervioso se reduce al nivel del arco sensomotriz, como se aclaró más arriba (Heidbreder, 1964, pp. 91-92; también Tilquin, 1950, pp. 37-39). En general, Watson y los conductistas ven en el sistema nervioso más coordinación que integración de funciones como vemos nosotros hoy y ya entonces veían otros célebres neurofisiólogos como Sherrington o Goldstein (cfr. Cazabon, 1969). Cosa verdaderamente sorprendente es que Lashley, un convencido conductista, partiendo de los supuestos del conductismo, llegó a conclusiones perfectamente contrarias a las mantenidas por Watson y posteriormente abandonadas.

d) finalmente, Watson tenía un concepto de psicología como ciencia práctica que posibilita la predicción y el control de la conducta en beneficio del género humano. Si en el primer supuesto a), se apreciaba la influencia de Angell, en éste se ve la de su colega Dewey, en clara oposición a la psicología abstracta de Titchener. Esta pretensión muy norteamericana es todavía compartida por Skinner (1965, pp. 3-11).

Podría, pues, decirse que el triunfo del conductismo en los EE. UU. estaba asegurado considerando su abolengo: era nieto del darwinismo, hijo del funcionalismo y de la primera psicología animal y primo hermano de la psicología de los tests que por aquél tiempo estaba creciendo bajo los impulsos de Catell (Boring, o. c., pp. 498 y 486-87). Pero el conductismo vino a significar meramente un cambio de zona en el enfoque dualista de Descartes, no un radical cambio en el enfoque mismo. Watson optó, en vez de por una física del espíritu, por una física de la materia de la conducta, pues emplea los mismos procedimientos que los físicos: aislar los elementos, determinar las constantes, establecer leyes y conexiones, etc.

Ya no es posible detenernos más en el análisis pormenorizado de las insuficiencias que esta nueva óptica de Watson introdujo en la psicología. Podríamos comprobar cómo la fórmula S-R es de limita-

do alcance e inadecuada ya en el mismo arco reflejo, y mucho más aún en la explicación de los procesos superiores. Veríamos cómo, pese a los conductistas, no se puede reducir el proceso del aprendizaje a una simple adición de conductas nuevas que incrementarían el acervo de las viejas; veríamos que el aprendizaje es más bien una nueva actitud del organismo que no repite siempre los mismos gestos aprendidos —el gato comienza tirando de la cuerda con la pata pero luego lo hace con los dientes; abundan ejemplos de esto en la psicología infantil y en la psicolingüística. Y estos ejemplos no quedan satisfactoriamente explicados desde el “a priori” atomista y con arreglo a simples leyes de asociación por contigüidad; ni se explica por qué en el aprendizaje se repiten actos no útiles ni privilegiados por el refuerzo. Habría también que ver cómo no puede suprimirse del aprendizaje toda relación intencional, aunque habría que matizar esto en el caso del neo-conductista Tolman.

En fin, tendríamos que detenernos a analizar la incongruencia epistemológica que implica el pretender que un efecto sea causa de su causa “al suprimir toda relación prospectiva entre las actitudes preparatorias (del sujeto que aprende) y el objetivo” (Merleau-Ponty, 1957a, p. 143) para acabar concluyendo con este mismo autor que “el aprendizaje no es una operación *real*, una correlación establecida entre dos realidades individuales, un cierto estímulo y un cierto movimiento... Debe haber en el organismo un principio que asegure a la experiencia de aprendizaje un alcance general” (Ib., p. 147). Si el aprendizaje es, más bien, una dialéctica o conjunto significativo entre el organismo y su ambiente, ese principio que invoca Merleau-Ponty acabará siendo el “*corps propre*” que es precisamente “el suelo dialéctico sobre el que se opera una forma superior” (Ib., p. 291); el cuerpo propio es, por tanto, el centro de todo significado y el donador de sentido a ese acto significativo que es la conducta. Pero no podemos ahora más que mencionar estas graves cuestiones que requieren más amplio tratamiento. En una próxima colaboración con esta revista se tratarán estos puntos más detenidamente. Ahora vamos a detenernos en un cuestión metapsicológica, antes de entrar en la segunda parte de este ensayo.

¿Por qué la psicología conductista presenta estas limitaciones y en conjunto nos resulta inadecuada para dar cuenta cabal de la conducta humana? Casi todos los críticos coinciden en que ello fue debido al estrecho concepto de ciencia, demasiado mimético de las ciencias naturales. Esta veneración excesiva de la física generó en la psicología un pseudo-conocimiento (Koch, 1964) y evitó que la psicología tratase con significado los fenómenos humanamente significativos (Giorgi, 1970) y produjo finalmente el llamado hombre-máquina cuya conducta podía anticipar y controlar fácilmente (Bertalanffy, 1974). El que la psicología haya abandonado dimensiones tan inalienablemente humanas como la temporalidad y la subjetividad, fue debido tal vez a que en el conductismo con frecuencia los métodos precedieron a los problemas (se investigaba lo que se podía, no precisamente lo que se debía). A veces, da incluso la impresión de que los investigadores de la conducta prestan más atención al brillo y corrección del proceso metodológico (del "processing") que a los resultados reales (al "discovery"). Los psicólogos humanistas existenciales, por su parte, achacan al conductismo el increíble olvido de los relaciones vida-mundo ("Lebenswelt") con lo que la conducta del ser humano queda radicalmente desfigurada.

Finalmente, ciertas inconsistencias teóricas y lo que podríamos llamar falta de dirección en las investigaciones, han sido señaladas frecuentemente como causa de estas insuficiencias del conductismo (Deese, 1972), y a que más allá de los sofisticados aparatos de medición, nos importa el concepto psicológico subyacente, así como su robustez teórica que será la que acredite precisamente los llamados "hechos científicos" sometidos a medición. Late aquí una falacia que vamos a tratar de desvelar. Si se monta un complejo diseño experimental para investigar, digamos, el dolor o la agresividad; pero todo lo que se mide es el número de lágrimas o las veces que el sujeto da puñetazos sobre la mesa, lo que se descubre tal vez no sea un "hecho" humano, sino algo perfectamente trivial o incluso grotesco. Con frecuencia, la gran trompetería metodológica experimental puede encubrir precarias teorías, cuando no simples errores conceptuales. Hay en todo esto la llamada falacia del dato empírico o "hecho científico" sobre la que vamos a decir algo a continuación.

A los puristas de la ciencia no les parece nada más natural que

su enfoque científico. Después de todo, lo que ellos hacen no es otra cosa que estudiar los fenómenos naturales bajo el control de los datos sensoriales. Y ¿es posible un control más riguroso que el de los sentidos? Para estos científicos parece que el control empírico es el mejor de los posibles. Pero los datos empíricos no son los datos inmediatos de la experiencia sensible como pensó Mach. Los datos empíricos, del mismo modo que los “hechos científicos” no son más que consecuencias de nuestras teorías. No hay modo de captar datos y definir “hechos” si no es insertándolos en la red de nuestras teorías. Incidentalmente cabría añadir que puesto que ciertos datos empíricos son contruidos por nuestras teorías, no es del todo sorprendente que apoyen y confirmen esas teorías. En suma: que no hay tal cosa como una racionalidad objetiva, universal, incontestable del método objetivo —y esto se aprecia aun mejor en la psicología—, sino que toda racionalidad u objetividad es un constructo que estará justificado y determinado con arreglo a un paradigma. Su valor entonces es el valor que tenga el paradigma o el “a priori” epistemológico de ese saber científico o psicológico. Y la cuestión no será entonces sobre cuál es un verdadero o falso “a priori”, mejor o peor, sino sobre cuál es más adecuado y hace mayor justicia a la experiencia y opciones humanas a través de la historia.

Más que hablar de paradigmas de validez universal e indiscutible sobre cualquier otro, habría que hablar de una psicología del descubrimiento, que viene a ser la posición de Kuhn (1977; ver también García Ferrando, 1979, p. 30). La objetividad es otro constructo y algo que está más allá del método, pese a que algunos conductistas pensaron que su método era *el* método de la psicología. Cada día comprobamos más cómo la objetividad está basada más que en cuestiones de evidencia empírica, en las elecciones de los hombres.

Y, por último, a veces se aprecia en algunos psicólogos, tal vez mezclada entre sus desdenes y exclusivismo, una precaria reflexión sobre las relaciones entre el acto científico y el acto perceptivo. Creen que son sinónimos y equivalentes. Pero no es así en modo alguno: la experiencia científica, como reiteradamente nos advierte Merleau-Ponty (1957a y 1957b), es algo posterior y derivado. Por debajo y más primariamente que la percepción científica, objetiva, está esa percepción incipiente, una percepción pre-objetiva ante la que “emer-

ge la significación indescomponible” y que la percepción científica ordena y esclarece. No hay, pues, que confundir las diferentes maneras en las que el pensamiento tiende a su objeto y la conciencia misma que “es una red de relaciones ya claras por sí mismas, o ya, por el contrario, antes vividas que conocidas” (Merleau-Ponty, 1957a, p. 243).

Y por lo que toca a la validez inapelable de los “hechos psicológicos”, habría que decir también que éstos, si bien existen en la naturaleza humana, no se presentan nunca como tales. También ellos son constructos, abstraídos, imaginados e ideados por una teoría que intenta “adecuarse” a la realidad humana. Por eso, en suma: si se rehusa aceptar como objeto de ciencia toda realidad o cualidad que no pueda observarse con arreglo a las normas del método objetivo, como quiere el conductismo, “lo que se excluye no es el antropomorfismo (o el mentalismo como dirían los conductistas), sino la ciencia psicológica misma. Y lo que se defiende no es meramente la objetividad del método psicológico, sino el realismo y el nominalismo” (Merleau-Ponty, *ib.*, p. 151). En definitiva, todo nos conduce a la experiencia humana y a la percepción pre-objetiva. Siendo ello así, la cuestión entera quedaría reducida a saber si esos hechos o fenómenos que atribuimos a la conducta humana, son verdaderamente constitutivos de los objetos alcanzados en nuestra experiencia.

Por último, tiene poco sentido hablar de una racionalidad científica, que no viene a ser más que la congelación del modo de la física tradicional —no de la contemporánea—; deberíamos hablar de la racionalidad evolutiva. Más que manejar conceptos clausurados (dualismo, empirismo, etc.), deberíamos forjar y usar en psicología conceptos “open ended”. Ni que decir tiene que este planteamiento parece amenazar el sacrosanto concepto de la invariabilidad del significado, lo que representa uno de los escándalos más difíciles de superar por el viejo enfoque. Ello despertará dudas, vacilaciones y, en definitiva, resistencia. Pero muchas cuestiones y aporías también se suprimirían si aceptásemos esta “racionalidad evolutiva” en la psicología, que necesariamente reflejará las vicisitudes de nuestra sociedad. La psicología de Wundt, el conductismo, el psicoanálisis, la Gestalttheorie reflejaron estas vicisitudes; todas estas psicologías erigieron una imagen de hombre que no justificaron epistemológicamente. Este fenómeno lo denominó Thines “culturalismo” (1978, p. 45).

Así, en conclusión, tenemos en las manos al final de este recorrido a través de las diferentes nociones de conducta, una notable polisemia del concepto. ¿Qué conducta es más conducta, más psicológica: la que estudia Watson, la de Freud, la de Skinner o la de Merleau-Ponty? La de este último nos ofrece un programa psicológico tal vez sugestivo para nuestra particular situación social, después de haber efectuado radicales alteraciones y redefiniciones de importantes conceptos de las psicologías anteriores: no sólo se rectifica el conductismo, también el psicoanálisis, la Gestalttheorie y la Psicología Social (para estas rectificaciones, ver Giorgi, 1974, pp. 57-74). Se recupera con este nuevo enfoque la dimensión insoslayable de la conducta humana, la dimensión temporal y ontogenética. El sujeto psicológico ya no reacciona simplemente —como el autómatas o la caja vacía de Skinner— a las excitaciones del medio ambiente, ya no es tampoco una realidad abstracta e intemporal, sino un organismo vivo y cambiante. Cuáles sean los fundamentos de esta nueva noción de conducta con la cual se intenta además de ganar dimensiones perdidas en la realidad psicológica humana, superar todo dualismo en psicología será lo que intentemos hacer en la segunda parte de este ensayo.

2. LA CONDUCTA COMO FORMA O ESTRUCTURA Y LA SUPERACION DEL DUALISMO

2.1. *Los ámbitos de la conducta*

Las nociones de conducta que hemos analizado hasta ahora eran de tipo molecular (se estudian partículas elementales del movimiento del organismo). En vista de que estas aproximaciones a la conducta, no rindieron resultados enteramente satisfactorios, los psicólogos de la Gestalt propusieron un cambio en el enfoque: en vez de análisis moleculares, estudiemos la conducta desde el punto de vista “molar”. Ahora bien: el primer enunciado que ha de hacerse respecto a la conducta molar es que tiene que ocurrir en un ámbito. Pero hay varios ámbitos posibles para la conducta. Consideremos estos ejemplos.

¿Dónde ocurre la conducta de la rata: en el laberinto que monta el experimentador? ¿Dónde la de los que vivimos en una gran ciudad? ¿Ocurren nuestras conductas en la misma ciudad? Las respuestas tie-

nen que ser matizadas a poco que se considere la problemática que estos ejemplos implican. Un ácido o un electrón o una nube están en o sobre la misma ciudad, pero no decimos que estas cosas tengan comportamiento alguno, a no ser por metáfora. Sin embargo, los animales y los hombres nos comportamos. Pero ¿dónde? Los gestaltistas propusieron algunos ejemplos para resolver estas preguntas con las necesarias distinciones.

Según una leyenda alemana, un caballero llegaba a una posada después de varias horas de cabalgata y en medio de una tempestad de nieve. El posadero, sorprendido por la dirección que, al parecer, había traído el caballero, le pregunta por dónde ha venido. El caballero le señala la dirección y el posadero exclama: "¿Sabéis que habéis cabalgado a través del Lago Constanza?". Al oír esto, el caballero cayó desplomado.

¿En qué ámbito se condujo el caballero: por el Lago de Constanza o por la campiña cubierta de nieve? Si juzgamos por la reacción final del jinete, éste se condujo por la "llanura-cubierta-de-nieve" y en modo alguno sobre el lago. Sin embargo, su ámbito "geográfico" de comportamiento fue realmente el Lago Constanza. Tendremos que distinguir, pues, dos ámbitos de conducta: el geográfico y el conductal. Los conductistas no harían tal vez esta distinción y dirían que aquí no hubo más que un estímulo (la campiña nevada) y una respuesta (el tranquilo cabalgar). Pero la noción de estímulo es una noción equívoca, ya que recubre dos dimensiones: el hecho físico tal como es en sí, y, por otra parte, la situación tal como es para el organismo, que en el caso del caballero es lo único decisivo. Veamos aún otro ejemplo.

En una jaula se ha introducido una caja y un plátano suspendido de su techo. Dos chimpancés son introducidos sucesivamente en la jaula. Uno de ellos, después de dar algunas vueltas por la jaula, mirará la caja; colocará exactamente la caja debajo del plátano y se apoderará de él. El otro chimpancé, menos inteligente, después de saltar vanamente para coger el plátano, se sentará fatigado y dormitará sobre la caja.

Tenemos en este segundo caso una idéntica situación e idénticos estímulos. Pero la conducta fue enteramente diversa: la caja fue escalón para uno y asiento para otro. No se puede decir en este ejem-

plo que el ámbito geográfico haya sido la causa de los comportamientos diferentes. Pues la situación es la misma, los conductistas dirían que la diferencia tiene que estar en los propios chimpancés que se comportaron distintamente debido a su distinta dotación o experiencia previa. Pero se explicaría todo mejor si admitimos dos ámbitos de comportamiento: el geográfico y el conductal. De lo contrario, las relaciones que los chimpancés tienen con los "manipulanda" de la jaula, quedan oscurecidas. Si como quieren los conductistas, debemos estudiar sólo lo que un organismo hace, o mejor: lo que un organismo observa que otro está haciendo, no quedaría claro por qué un chimpancé utiliza inteligentemente los mismos "manipulanda" que el otro no sabe utilizar.

La diferente experiencia previa o la distinta dotación de los animales no resuelve tampoco todos los problemas. Y con respecto a las rectificaciones que los neo-conductistas han introducido en el simple esquema S-R, mediante la adopción de conceptos "mentales", diremos que todo eso expande considerablemente el ámbito del comportamiento con un rico despliegue de variables intermedias, pero tampoco eso sería suficiente explicación. Entre otras cosas, porque como cree Merleau-Ponty, el estatuto de estas variables intermedias no está correctamente pensado. Pues una de dos: o bien estas variables "admiten los equivalentes somáticos, y entonces la explicación de que se habla tiene sólo un valor provisional y nada esencial hay que cambiar en el conductismo, cuya insuficiencia se reconoce; o bien esos determinantes son irreductibles y entonces reintroducen, se dice, el finalismo" (1957a, p. 255). Es decir, no hemos salido aún con esta explicación del cerco dualista. Por otra parte, Tolman, que es el introductor de estas rectificaciones al conductismo clásico, tampoco transciende el nivel operacional en el que se describe objetivamente la actividad orgánica sin apelar a otras categorías similares a las que vamos a apelar aquí nosotros.

2.2. *La conducta como estructura y los niveles de estructuración*

Esas categorías son las de forma, significación, valor, intención, orden, etc. Ya hemos dicho que no hay ninguna razón para negar a estas categorías valor objetivo, ya que se comprueban aún en los

sistemas físicos, como los gestaltistas han probado hasta la saciedad. Por ejemplo, en la pompa de jabón las fuerzas de cohesión de las partículas las induce a estrecharse cuanto sea posible. Como de todos los sólidos, es la esfera la que posee el mayor volumen para una superficie dada, el jabón se distribuirá en una superficie esférica (Koffka, 1953, p. 30). Esto es, lo que sucede en cada punto estará determinado por lo que suceda en todos los otros. Mediante estas categorías, podemos incorporar en el concepto de conducta no sólo las propiedades materiales del estímulo, sino también las propiedades formales de la situación (relaciones espacio-temporales, numéricas, funcionales, etc.) que vendrían a ser como la armadura de la conducta, y que no debieran ser confundidas nunca, ya que, como dice Merleau-Ponty, "las partes reales del estímulo no son necesariamente las partes reales de la situación" (1957a, p. 152). Lo que, en el caso de nuestro ejemplo anterior, equivale a decir: el Lago Constanza (la cantidad de su agua, el tiempo durante el que el caballero estuvo cabalgando sobre él, etc.) no son coextensivos con su situación de "cabalgar-sobre-la-campaña". La caja en la jaula no es lo mismo que el escalón y el asiento, aunque haya entre todo ello claras dependencias.

Todo esto se inserta en una estructura o campo o ámbito conductual que conceptualizaríamos bastante adecuadamente bajo la categoría de forma. El comportamiento, pues, sería una forma y no meras series de hechos inconexos; sería algo con "inteligibilidad immanente". De ese modo, la situación (ámbito conductual) y la reacción de conducta quedarían enlazadas interiormente por común participación en una estructura o forma que expresaría el modo de actividad propio de cada organismo. Forma, pues, denota tanto la sistemática y funcional interrelación de las partes con las partes, como el nuevo "contexto" que se origina. Y esos contextos son inteligibles, significativos para la conciencia.

La noción de forma, por otra parte, no es arbitraria, sino "impuesta por los hechos" (Merleau-Ponty, 1957a, p. 195). Por hechos incluso físicos —recuérdese el ejemplo de la pompa de jabón—. Es precisamente gracias a estas "totalidades parciales" como podemos entender el que haya leyes, que no pueden nunca ser absolutas, sino sólo "condiciones de equilibrio transitorio" que corresponden a un cierto estado evolutivo, más o menos estable de un sistema dado.

Ese cierto estado se modificará por la acción de la forma que lo ha engendrado y es entonces cuando surgirá tal vez un nuevo equilibrio que, a su vez, traducirá nuevas leyes (Cfr. Waehrens, 1967, p. 37). Pues bien: es a esas "totalidades parciales" a las que Merleau-Ponty llama formas.

Entonces si no hay leyes absolutas, tampoco habrá formas absolutas, ya que leyes y formas son estructuras que se determinan circularmente, son "deux moments dialectiques", no dos potencias del ser (Merleau-Ponty, 1957a, p. 202). Pero no se piense que esas estructuras o formas se encuentran en la naturaleza; sólo se encuentran en la conciencia, pues son definibles no en términos de realidad, sino de conocimiento. En suma: que las formas no se albergan en algún punto determinado del espacio o del tiempo; son simplemente momentos del conocimiento e inseparables de él.

Más allá del orden físico está el campo fisiológico (esos "sistemas de tensiones y presiones, "strains and stresses"). La conducta efectiva dependerá de este segundo campo, que, a su vez, está en dependencia del primero. Merleau-Ponty cree que todavía podemos introducir, si consideramos el comportamiento simbólico, un tercer campo que él llama campo mental (Ib., p. 188).

Pues bien: aquí es donde la noción de forma permitiría una solución verdaderamente nueva y aplicable a los tres campos, a los que integraría como tres tipos de estructuras. Si agrupamos ahora y combinamos estos conceptos y categorías dominantes en cada uno de los tres campos, y si tendemos lazos a los diferentes sistemas de pensamiento, lograríamos un cuadro de equivalencias parecido a éste:

materia	cantidad	orden físico	materialismo
vida	orden	orden vital	vitalismo
espíritu	significación	orden humano	espiritualismo

Estas tres provincias u órdenes son también formas, aunque Merleau-Ponty nos advierte que "deben participar desigualmente en la naturaleza de la forma, y representar diferentes grados de integración, así como constituir una jerarquía donde la individualidad se realice cada vez más" (o. c., p. 190). Para poder comprender debidamente estos tres órdenes, así como las relaciones dialécticas que los enlazan, es preciso renunciar a la filosofía de las sustancias para adop-

tar una filosofía de las formas que nos abriría a un nuevo universo en el que no habría ya relaciones de causalidad, ni nos servirían los modelos físicos para la explicación del comportamiento. Si, por el contrario, se mantienen las posiciones de la psicología tradicional que ve en estos órdenes, en vez de formas, causas y fuerzas reales (potencias del ser), la vieja "crux" del dualismo volvería a angustiar otra vez el pensamiento. Surgirán de nuevo las dificultades de explicación de la conducta y chocaríamos con las viejas aporías. Lo que sorprende en la psicología es que todas estas dificultades han llegado a ser tan consuetudinarias que ya —como dice Merleau-Ponty—, "se plantean sin cuidado alguno" y se hacen frecuentes tránsitos ilegítimos de un campo u orden a otro.

Se empieza situando los cuerpos (todo cuerpo, el humano no recibe trato especial) en el campo físico en donde estarían solicitados por la multiplicidad de los estímulos a los que dichos organismos reaccionarían. Los estímulos serían, por tanto, las causas determinantes de sus respuestas. Pero he aquí la novedad: si en vez de hablar de sustancias y potencias del ser, hablamos de formas, ya no es posible la causalidad, la causalidad lineal; se podría, si acaso, seguir hablando de la causalidad circular. La Gestalttheorie ha demostrado que ninguna forma tiene su causa fuera de sí misma.

Consecuentemente esta psicología de la forma demanda con más rigor que la tradicional ciertas reglas que han de tenerse en cuenta a la hora de reflexionar sobre la conducta. Por ejemplo, si el ámbito geográfico que hemos analizado pertenece al ámbito de la física, no es permisible que sus efectos ocurran en el ámbito de la conducta, es decir, en el ámbito humano. No es posible que una causa, perteneciente a un universo lógico, produzca efectos en otro universo discursivo distinto y superior. (Merleau-Ponty, 1957a, pp. 190-91. También Koffka, 1953, p. 57 s.).

2.3. *Clasificación de los comportamientos*

Usualmente en la psicología, los comportamientos se clasifican un tanto inertemente en elementales y complejos. Si el comportamiento es una forma, nos será ahora posible intentar una manera más honda e integrada de clasificación. Acabamos de decir que si bien todos los órdenes participan en la naturaleza de la forma, no todos

lo hacen en igual medida. Si adoptamos ahora el principio clasificador que nos propone Merleau-Ponty (1957a, p. 152), ("según esté la estructura sumida en el contenido, o por el contrario, emerja para llegar a ser, en el límite el tema propio de su actividad"), podemos clasificar nítidamente estas tres formas de comportamiento.

Comportamiento de las formas sincréticas. Aquí el comportamiento está aprisionado y ligado bien sea a esos aspectos abstractos de los comportamientos instintivos, admirablemente estudiados por el conductismo; o bien se ligará a estímulos más concretos que desencadenan respuestas individuales. Los comportamientos de este primer orden elemental son fijos, fijos en todo: tanto en los temas de su experiencia como en los medios que la hacen surgir. La araña, por ejemplo, responderá fija e invariablemente tanto a la vibración de una mosca como a la del diapasón. Únicamente es preciso para disparar sus reacciones determinadas por sus montajes instintivos, que la vibración ocurra en medio de su tela. Su tela de araña es como el marco de las condiciones de su vida natural en el que queda encerrado todo su comportamiento sincrético.

Formas amóviles o revocables. En cambio, a este nivel, el comportamiento fluidiza un poco la anterior fijeza y rigidez de sus formas, determinadas por los montajes instintivos. Se mantiene aún un cierto atrapamiento en el "aquí/ahora", pero resulta ya posible la adaptación a situaciones nuevas, lo que implica un juego de los medios o instrumentos de reacción. Es posible y conveniente situar aquí el esquema S-R, tan favorito a los conductistas. Se encuentran ya "señales" de las que se apercibe el organismo. Estas señales no están ya determinadas por los montajes instintivos de la especie; sino que se sospecha han de estar fundadas sobre estructuras relativamente independientes. Pero no se entienda este comportamiento por "señales" como una simple transferencia por contigüidad entre el estímulo condicionado y el incondicionado, como frecuentemente se ha solido entender. En este nivel es absolutamente imposible la representación de situaciones y de transferencias a situaciones nuevas (Merleau-Ponty, o. c., p. 155). Recuérdese que en el comportamiento animal los signos siguen siendo siempre "señales" y nunca acaban siendo símbolos. Eso es precisamente lo que marca la línea divisoria de este campo y el siguiente.

Formas simbólicas. Ya no hay aquí sólo señales, sino también representaciones. La conducta ahora ya no sólo tiene significado: ella misma es significado, como se explicará más adelante. Un perro adiestrado a saltar de una silla a otra silla siguiendo las instrucciones orales del domesticador, no saltará nunca de una silla a un sofá. O si se le enseña a una paloma a tocar una simple tonada sobre el piano, nunca será capaz de improvisar variaciones sobre dicha tonada. Ya nada resta en este nivel de la fijeza y aprisionamiento de la conducta en temáticas rígidas. Al contrario, aparecen por fin en este campo la conciencia cognitiva y la conducta libre. Por el ejercicio de las representaciones, se libera la conducta por fin de la tiranía del estímulo. O más bien: "aparece una conducta que expresa el estímulo por sí mismo, que se abre a la verdad y al valor propios de las cosas, que tiende a la adecuación de lo significado con el significante, de la intención con aquello a que ésta tiende" (Merleau-Ponty, o. c., p. 177).

* * *

Encontramos así que hay múltiples estructuras o formas. Las hay en el mundo físico, cuya unidad interior quedaría expresada por las leyes matemáticas. Pero además señalábamos las formas orgánicas, cuya originalidad se cifraba en que ostentaban comportamientos, es decir, "ejecutan un trabajo fuera de sus límites y se constituyen un "milieu" que les es propio" (Merleau-Ponty, o. c., p. 209). Ya no encontramos en estas formas una búsqueda del equilibrio por el reposo (homeostasis) como la psicología solía afirmar. Más bien, se aprecia en estas formas cómo entre el organismo y el "milieu" se establece una dialéctica nueva. Es cierto que esta dialéctica puede ser interrumpida por condiciones catastróficas o por las experiencias de laboratorio. En estos casos, los organismos son reducidos a la condición de sistemas físicos. De ahí que gran parte de los experimentos de laboratorio no expresen modos de acción natural del comportamiento de estos organismos, sino que simplemente "indican los caracteres objetivos de los estímulos presentados" (Merleau-Ponty, o. c., pp. 213-215, espec. 214). Pero, pese a ello, nunca será el organismo un puro segmento de la materia sometido a las mismas leyes de la física. El análisis de las leyes al modo del pensamiento físico, deja en los fenómenos de la vida algo opaco que no puede analizar; es un "résidu"

que sólo es accesible a otro género de análisis, el de la coordinación por el sentido. El organismo no es, pues, un producto real, adscrito a la naturaleza exterior, sino que es una unidad de significación, un fenómeno en el sentido de Kant.

Cuando Spinoza estudiaba los movimientos de una mosca, lo hacía porque veía en ella algo más que un fragmento de extensión; también el animal, en una manera muy variable “según la integración de su comportamiento, es realmente *otra* existencia” (Ib., p. 177). Y Spinoza no hubiera gastado tanto tiempo considerando a una mosca que se ahoga si no fuera la mosca otra existencia.

2.4. *La acción humana, el trabajo y los nuevos ciclos de comportamiento. La intencionalidad y sus modalidades*

Pero si, más allá del comportamiento animal, continuamos ahora nuestra investigación, siguiendo las pautas de Merleau-Ponty, que nos aconseja ser “spectateur étranger”, y consideramos el orden humano, “sólo veremos allí, al comienzo, la producción de nuevas estructuras (...). Mientras un sistema físico se equilibra respecto a las fuerzas dadas del ambiente, y el organismo animal se prepara un medio estable correspondiente a los “a priori” monótonos de la necesidad y del instinto, el trabajo humano inaugura una tercera dialéctica, puesto que proyecta entre el hombre y los estímulos físico-químicos, “objetos de uso” (la ropa, la mesa, el jardín) y “objetos culturales” (el libro, el instrumento de música, el lenguaje), que constituyen el medio propio del hombre y hacen emerger nuevos ciclos de comportamiento” (Ib., pp. 228 y 229).

En esta tercera dialéctica, Merleau-Ponty nos conduce a la prodigiosa temática de la realidad primordial (Levy, 1973) de los fenómenos psicológicos. Superadas ya las dicotomías alma/cuerpo del dualismo cartesiano, superadas las nociones de conducta como conciencia y conducta como cosa, superados los prejuicios y falacias del llamado “pensamiento objetivo”, descubrimos, gracias a la categoría de forma o estructura dialéctica, que ni el mundo (la exterioridad que preferían estudiar los conductistas), ni el sujeto consciente (la interioridad que estudiaron los psicólogos fundadores de Leipzig y Chicago) son dimensiones exentas, aisladas e incomunicadas como pretendió el dualismo en su versión del paralelismo psicofísico. En-

contramos sorprendentemente que son realidades ambiguas e inextricablemente interdependientes. En vez de estructuras paralelas, encontramos una estructura dialéctica en la que no descubrimos ya realidades fijas, polares, sino estructuras o formas constante y recíprocamente recreadas en el juego de las relaciones sujeto-mundo. El sujeto es un proyecto de mundo, y el mundo es el "espacio vivo" del sujeto.

Ya no queda aquí traza alguna de dualismo ni fragmentos inconexos en el psiquismo, pues "lo físico, lo vital, el individuo psíquico, sólo se distinguen como diferentes grados de integración... su alma y su cuerpo dejan de distinguirse" (Merleau-Ponty, 1957a, p. 281). Lo que queda es una esencial y radical ambigüedad, que lejos de ser considerada por este filósofo como un fenómeno negativo que impide la filosofía, lo erigió en realidad primordial sobre la cual construiría su típica "filosofía de la ambigüedad" (Waehrens, prólogo a "La estructura del comportamiento". También ver Waehrens, 1967, *passim*).

Hemos transgredido ya el espacio concedido para este ensayo, pero, finalmente, aún hemos de enumerar la rica temática merleau-pontiana, muy fecunda para la reflexión de los problemas psicológicos pendientes. Dice este autor que esta tercera dialéctica, típicamente humana, es inaugurada por la acción o trabajo humanos. Lamentablemente este concepto ha sido insuficientemente tratado por la filosofía (Merleau-Ponty, o. c., 230-31) que ha señalado casi exclusivamente el elemento motor (desplazamiento de miembros), pero ha olvidado articular, junto con lo motor, la conciencia. Y no bastará con juxtaponerlos como hicieron algunos filósofos y psicólogos, sino que lo que hay que hacer es "describir las estructuras de acción y de conocimiento en las cuales la conciencia se compromete" (Ib., p. 231). Esta descripción nos acabará sugiriendo la necesidad de refundir y redefinir la misma noción de conciencia, cuya función ya no podrá seguir siendo la de organizar toda la experiencia imponiéndole las condiciones de existencia, como propusieron los idealistas. Es decir, la intencionalidad de la conciencia no se agota en su función de coordinadora de las relaciones "representación-representado", ya que "hay para la conciencia varias maneras de tender hacia su objeto y varias suertes de intenciones en ella" (o. c., p. 242). Por ejemplo: además de las funciones de representación cognitiva, está en la conciencia la intenciona-

lidad hacia lo vivido, lo deseado, lo querido. No puede reducirse toda la intencionalidad al célebre "ego cogito cogitatum". Correlativamente y "al mismo tiempo, el mundo se fragmenta en regiones discontinuas" (Ib., donde se cita "Ideen" de Husserl). Esta escisión de la conciencia en actos de conciencia de diversos tipos, son otras tantas variaciones del tema "être-au-monde".

Se superan de esta manera muchas de las espinosas cuestiones del pensamiento clásico. Los órdenes inferiores pierden su autonomía y quedan integrados en unidades significativas superiores. Ya no se puede hablar tampoco de causalidad entendida linealmente y como acción transitiva de sustancia a sustancia. El mismo problema de las relaciones alma-cuerpo, "crux" de la filosofía y la psicología, "parece desaparecer" (o. c., p. 280). Ya no hay, incluso, "hombre interior" ni actividad mental que fuera principio de todas las coordinaciones; no existe un "cogito" en el sentido de sujeto epistemológico y como poder constituyente que constituya para nosotros el espectáculo de las cosas. En este punto, se aprecia una sorprendente confluencia del pensamiento de Skinner con el de Merleau-Ponty. También Skinner niega denodadamente el "inner man" o el "homúnculo" (Skinner, 1974, p. 130) en su conductismo radical. Hay quien ve aquí notables confluencias (como Steiner Kvale and Grenness, 1971, p. 42), y hay quien (Corriveau, 1972, p. 24 ss.) solamente encuentra superficiales coincidencias, casi por casualidad.

Vimos cómo quedaba superada la posición idealista; también se supera el realismo empírico en la versión de conducta que nos da Merleau-Ponty. En ella, la conciencia ya no es tampoco un epifenómeno, un fenómeno secundario y con frecuencia ilusorio, como lo veía Watson y los conductistas. Ni, por supuesto, es tampoco la realidad primaria en la que se asientan los fenómenos psíquicos, como propugnaron los psicólogos "mentalistas". Hay en ambas escuelas puntos de verdad que fueron malogrados por su exagerada afirmación que les condujo a negar la verdad opuesta. En la versión de Merleau-Ponty, al tiempo en que quedan superadas e integradas todas las perspectivas parciales, se configuran cada vez nuevas unidades significativas —eso es la conducta— cuyas variaciones van desarrollando la melodía de cada existencia humana. Finalmente, pues se trata de una dialéctica de intenciones, esa melodía, esa conducta

humana es también significativa, ya que "hay sentido, cuando una de nuestras intenciones se cumple" (1957b, p. 490).

Y para concluir, el cuerpo y sus órganos son precisamente "como los puntos de apoyo o los vehículos de mis intenciones" (Merleau-Ponty, 1957a, p. 262). El cuerpo es un punto privilegiado en esa dialéctica, o quizá mejor: es el corazón mismo del significado (Kwant, 1963, p. 19), puesto que todo cuerpo está permeado de intenciones. Es, por ello, el donador de sentido, como los análisis de Merleau-Ponty (ver 1957a, pp. 105-162 y 169-191) lo demuestran cumplidamente. Ya no es posible en modo alguno detallar más toda esta originalísima y rica temática, y menos aún tender los incontables lazos con los problemas psicológicos a los que esclarece, redefine y articula muy satisfactoriamente.

Considérese simplemente este célebre texto de Merleau-Ponty, en el cual resuenan todos estos temas que desarrollaremos en otra ocasión.

"Las nociones de alma y cuerpo deben ser relativizadas: hay el cuerpo como masa de compuestos químicos en interacción, hay el cuerpo como dialéctica del ser viviente y de su medio biológico, hay el cuerpo como dialéctica del sujeto social y de su grupo, e incluso todos nuestros hábitos son un cuerpo impalpable para el yo de cada instante. Cada uno de esos grados es alma respecto al precedente, cuerpo respecto al siguiente. El cuerpo, en general, es un conjunto de caminos ya trazados, de poderes ya constituidos, el suelo dialéctico adquirido sobre el que se opera una puesta en forma superior, y el alma es el sentido que se establece entonces" (1957a, p. 291).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BANNON, J. F. (1967): *The Philosophy of Merleau-Ponty*, New York, Harcourt Brace & World.
- BARRAL, M. R. (1965): *Merleau-Ponty. The role of the Body-Subject in interpersonal relations*, Pittsburg, Duquesne University Press.
- BERTALANFFY, L. von (1974): *Robots, hombres y mentes*, Madrid, Guadarrama.

- BORING, E. G. (1929): *A History of Experimental Psychology*. New York, The Century.
- CAZABON, Giles (1969): "Deux approches antithétiques du comportement"; en: *Revue Phil. de Louvain*, 67 (1969), pp. 546-558.
- CORRIVEAU, M. (1972): "Phenomenological Psychology and Radical Behaviorism"; en: *Journal of Phenom. Psychology*, 3 (1972), pp. 7-34.
- DEESE, J. (1972): *Psychology as Science and Art*, New York, Harcourt & Brace.
- DESCARTES, R.: *Discurso del Método y Meditaciones metafísicas*. Traducción de García Morente, Madrid, Granada, s/a.
- GARCIA FERRANDO, (1979): *Sobre el método. Problemas de una sociología empírica*. Madrid, Centro de Estudios Sociales.
- GIORGI, A. (1970): *Psychology as a Human Science. A phenomenologically based approach*, New York, Harper and Row.
- GIORGI, A. (1974): "The Metapsychology of Merleau-Ponty as a Possible Basis for Unity in Psychology"; en: *Journal of Phenom. Psychology*, 5 (1974), pp. 57-74.
- HEIDBREDER, E. (1964): *Psicologías del siglo XX*, Buenos Aires, Paidós.
- KOCH, S. (1964): "Psychology as emerging conceptions of knowledge as unitary"; en: T. W. WANN (ed.): *Behaviorism and Phenomenology*, Chicago, Chicago University Press, pp. 1-42.
- KOFFKA, K. (1953): *Principios de la Psicología de la Forma*, Buenos Aires, Paidós.
- KUHN, Th. (1977): *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica. La fecha se refiere a la aparición de esta versión española.
- KWANT, R. C. (1963): *The Phenomenological Philosophy of Merleau-Ponty*, Pittsburg, Duquesne University Press.
- LEVY, Ch. E. (1973): "Toward primordial reality as the ground of psychological phenomena"; en: *Journal of Phenom. Psychology*, (1973), pp. 173-186.

- MASLOW, A. H. (1970 2 ed.): *The Psychology of Science. A Reconnaissance*, Chicago, A Gateway Edition.
- MATSON, F. W. (1973): *Without/Within: Behaviorism and Humanism*, Monterey (Calif.), Brooks/Cole.
- MERLEAU-PONTY, M. (1957a): *La estructura del comportamiento*. Traducción castellana de E. Alonso, Buenos Aires, Hachette. La fecha hace referencia a la aparición de esta versión.
- MERLEAU-PONTY, M. (1957b): *Fenomenología de la percepción*. Traducción castellana de E. Uranga, México, Fondo de Cultura Económica. La fecha hace referencia a la aparición de esta versión.
- MISIAK, H. (1964): *Raíces filosóficas de la Psicología*, Buenos Aires, Troquel.
- MISIAK, H. (1973): *Phenomenological, Existential and Humanistic Psychologies. A survey*, New York, Grune & Stratton.
- PINILLOS, J. L. (1962): *Introducción a la Psicología Contemporánea*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- SKINNER, F. B. (1964): "Behaviorism at Fifty"; en: T. W. Wann (ed); *Behaviorism and Phenomenology*, Chicago, Chicago University Press.
- SKINNER, F. B. (1970): *Science and Human Behavior*, New York, Free Press.
- SKINNER, F. B. (1974): *About Behaviorism*, New York, Vintage Books.
- THINES, G. (1978): *Fenomenología y ciencia de la conducta*, Madrid, Pirámide.
- TILQUIN, A. (1950): *Le behaviorisme. Origine et développement de la psychologie de réaction en America*, Paris, Vrin.
- WATSON, J. B. (1961, 3.ª ed.): *El conductismo*, Buenos Aires, Paidós. La fecha hace referencia a la aparición de esta versión.
- WAEHLENS, A. (1967): *Une philosophie de l'ambiguïté. Le existentialisme de Merleau-Ponty*, Louvain, Publications Universitaires de Louvain.